2300

ANTONIO BERMEJO Y SALVADOR ROMÁN

# COPITO DE NIEVE

Comedia dramática en tres actos, en prosa

VALLADOLID:
IMPRENTA DE EMILIO ZAPATERO
1927

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/copitodenievecom00berm

# COPITO DE NIEVE

Comedia dramática en tres actos y un epílogo, en prosa,

original de

ANTONIO BERMEJO

Y

SALVADOR ROMÁN

Estrenada en el Teatro Lope de Vega, de Valladolid, con éxito clamoroso, el día 26 de Enero de 1926.

IMPRENTA DE EMILIO ZAPATERO

Esta obra es propiedad de sus autores y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

COMO COPITO DE NIEVE
ES MI HONRA BLANCA Y PURA,
SI UN MALQUERER NO LA MANCHA
SIEMPRE GUARDA SU BLANCURA.

---

*A la genial creadora*

*de COPITO DE NIEVE*

MARGARITA ROBLES

*Los Autores.*

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| *Lucci*.. . . . . | M. Robles. |
| *Margot*. . . . . | F. Lombera. |
| *Felisa*. . . . . | E. Pardo. |
| *Elena*.. . . . . | M. Ríos. |
| *Luisa*.. . . . . | C. Echevarría. |
| *Isabel*. . . . . | R. Molina. |
| *Eugenia*.. . . . . | P. Molina. |
| *Victoria* . . . . . | C. Cepillo. |
| *Hermana Consuelo*.. . . . . | C. Molina. |
| *Julio*. . . . . | C. Delgrás. |
| *Ricardo*.. . . . . | J. Portes. |
| *Corbata*.. . . . . | M. Aliacar. |
| *Isidoro*. . . . . | R. Alonso. |
| *Serafín*. . . . . | C. Echevarría. |
| *Camarero*. . . . . | A. Caneja. |
| *Mozo 1.º*. . . . . | C. Echevarría. |
| *Id. 2.º*. . . . . | R. Delgrás. |
| *El Padrino*.. . . . . | A. Caneja. |

Invitados 1.º y 2.º y varios más.

La acción en Madrid. Época actual. Derecha e izquierda la del actor.

# ACTO PRIMERO

Representa la escena un taller de modistas, con balcón al foro, por el cual se verá la calle a través de los cristales. A la derecha puerta de entrada y a la izquierda puerta que conduce a las habitaciones interiores. En segundo término máquina de coser, y a la derecha varios maniquíes. Algunas sillas de Vitoria y útiles propios del taller, como son: cesta de labores, regla, cintas métricas, etc. Es por la mañana. Al levantarse el telón aparecen las modistas trabajando y cantando. (Lucci en este acto vestirá de blanco).

«En aquel rinconcito
lleno de flores,
donde apenas llegaba
la luz y el ruido...»

## ESCENA PRIMERA

DOÑA ELENA, maestra del taller, LUCCI, ISABEL y LUISA, oficialas, y EUGENIA, aprendiza, y varias más.

ELENA (Saliendo). Menos ruido y más labor. (Callan). ¿Terminaste ya el volante, Luisa?

LUISA Sí, señora. Ya no me falta más que poner los botones y el adorno.

ELENA A ver si podemos terminarlo hoy y entregárselo de una vez. Estoy deseando.

ISABEL Sí que ha sido labor pesadita.

ELENA Y eso que vosotras no la conocéis a esta señora. Es de las más pesadas que he conocido. Luego es de un gusto tan raro, que a lo mejor se le ocurre gastar botones amarillos en un vestido azul o hacerse una falda de pana en verano. Lucci ya la conoce.

LUCCI Ya lo creo. Como que no se me olvida el miedo que pasé cuando se hizo aquel vestido de seda para ser madrina de una boda y me lo dejó usted a mi cargo. Menos mal que acerté.

ELENA Por algo te dejé que lo hicieras tú y por algo te consideré como más que oficiala.

LUCCI Ojalá acierte siempre con la misma suerte.

607972

ELENA — Difícil será que vuelvas a acertar con esa señora. Te compadezco si, como espero, llegas a ser la dueña de este taller algún día. Veinte años hace que soy su modista y me habrá dado veinte mil disgustos en ese tiempo a cuenta de la ropa.

LUISA — Yo no tendría paciencia para aguantarla tanto.

EUGENIA — Por eso mi padre está siempre gruñendo; porque dice que no he debido ponerme a este oficio. Que tenemos que aguantar a muchas señoritas cúrsiles y estropajosas, como él dice.

ISABEL — Eso no; porque si no hubiera señoritas, aunque sean cúrsiles como tú dices, no harían negocio las modistas, y lo que hace falta es que esas señoritas se pongan los trajes para que las modistas se pongan las botas.

LUISA — ¡Ya está la chistosa!

EUGENIA — Así es como la llama su novio ¡la chistera del barrio!

ELENA — Vamos, vamos, que va a ser la hora de comer y queda mucha labor. (Suena un timbre). Anda, Marisabia (por Eugenia), mira a ver quien llama. (Sale Eugenia).

LUCCI — ¿Pondré ahora los adornos?

ELENA — Como quieras.

## ESCENA II

Dichas y RICARDO, seguido de EUGENIA.

RICARDO — ¡Querida tía!

ELENA — ¡Hola, sobrino!

RICARDO — Muy buenos días, simpáticas artistas de la moda.

LUCCI — Buenos días.

LUISA — Muchas gracias.

ISABEL — Siempre galante.

ELENA — Mira, sobrino, te suplico que no me entretengas, ¿eh?, porque estamos muy atareadas.

RICARDO — Descuida. No estaré más que unos breves minutos y me iré a mi dulce hogar, donde me espera la patrona para suministrarme los «gabrieles» con tanto amor como se los daría una leona a sus cachorros.

ELENA — Vaya. Tú siempre el mismo... Qué ¿te has examinado?

RICARDO — A eso vengo. A decirte que yo, calaverón incorregible como tú me llamas, acabo de aprobar de una vez y para siempre, la asignatura de Patología. *Finis Patolorum.*

ELENA — ¡Ya es hora!

LUCCI — Enhorabuena, Ricardo.

LUISA — Enhorabuena.

ISABEL ¡Qué suerte!

RICARDO Ahora, tú dirás si viviendo en el piso superior de esta casa, de donde nos separa únicamente un ligero suelo-techo, que pudiéramos llamar, no está bien que yo entre a darte la noticia. Por eso al subir a comer, antes de llegar al piso segundo, me ha parecido prudente quedarme en el principal y pasar a decirte: Querida tía, dame la enhorabuena y el pésame.

ELENA Hombre, la enhorabuena, sí, con mucho gusto; pero el pésame...

RICARDO Sí, querida tía. El pésame; porque se va acabando la vida de estudiante, y es tan buena, tan alegre...

ELENA Pero qué loco eres.

RICARDO ¡Ay!, no quisiera más que disponer de dinero suficiente para celebrarlo con toda solemnidad en el Hotel Ritz o en la Cuesta de las Perdices con toda tu dependencia, tan simpática y atrayente.

ISABEL ¡Qué galantería!

RICARDO Sí, hija, sí. No lo duden. Son ustedes la flor y nata de la simpatía. El gremio de modistas es una asignatura que me sé yo de memoria. Muchos días en lugar de asistir a clase, me encamino a los lugares por donde pasan a sus talleres en mayor número, y al ver aquellos grupos de alegres modistillas, semejando bandadas de palomas, parece como si el alma se extasiara al contemplar tanta belleza inapreciada... Todas sonríen cual diablillos encantados y así acuden al trabajo, sin pensar en las cien mil penalidades de la vida, que ellas creen que no llegarán nunca, porque nunca las esperan... Llevan dentro de sí la juventud y la alegría, y todas las tristezas y miserias no son bastantes para vencer y dominar esa alegría que derrochan a raudales, como gozando en repartirla por el mundo, cual tesoro inagotable... Ellas viven gozando, ellas gozan viviendo, y como flores que esparcen sus aromas en el aire, así todas sus gracias seductoras nos perfuman la vida a los mortales.

ELENA Chico, mereces matrícula de honor.

RICARDO No tanto, tía. Me basta con café y cigarro.

ELENA ¿Y tu compañero de hospedaje, también se ha examinado?

RICARDO ¿Julio? ¡Ah, ese! Ese mete miedo a los catedráticos. No se ha examinado más que de tres asignaturas hasta ahora y todas ellas con matrícula de honor. Es el número uno de la Facultad. Ahora estará estudiando, mejor dicho, tragándose lecciones y más lecciones, como si fuera su único alimento. ¡Ah, si le quitaran los libros se moría! Es

el hombre más formal y digno que existe. No asiste a los cafés ni a los teatros; para él no hay bromas ni jolgorios. Es todo lo contrario que yo; como que cuando nos ven juntos nos llaman el Polo Norte y el Polo Sur.

ELENA ¡Y tienen razón!

RICARDO La mujer que se case con ese hombre (mirando intencionadamente a Lucci) tiene que ser la más dichosa de las mujeres.

ISABEL ¿Y para decir eso mira usted a Lucci?

RICARDO No. He mirado a Lucci... como podría haber mirado a usted. No iba a mirar a ese maniquí.

ISABEL ¡Ya, ya!

RICARDO Después de todo, ¿Julio no es un hombre y Lucci no es una mujer? Pues *matrimonialis sanctorum* y asunto concluído.

LUCCI No, no, Ricardo. No hay ni habrá relación alguna entre nosotros, y le ruego que no dé lugar a que otros crean lo que no es verdad.

ELENA No hagas caso a este tarambana.

LUISA ¿Pero tiene usted siempre tan buen humor? ¿Nunca está serio?

RICARDO Sí, Luisa, sí. Alguna vez estoy más serio que el Cid Campeador.

LUISA ¿Cuándo?

RICARDO Cuando me examino y cuando digo chistes buenos. Tengo fama de hacerles medianos. ¡El de los chistes malos!, como me llaman en la Facultad. Otros dicen que mis chistes valen mucho porque como son muy viejos tienen un gran valor histórico y puedo venderlos como antigüedades. Pero hay quien me gana a hacer chistes viejos. El otro día la dije a una morena: «De cada suspiro que lanzo pensando en usted, apago una bombilla de treinta bujías». Oirlo y darme una bofetada todo fué uno. Entonces yo, muy enfadado, la dije: «¡Oiga usted, joven, que esto no puede quedarse así!» Y me contestó: «Cá, hombre, eso se tiene que hinchar.» (Todos ríen.)

ISABEL Sí que es viejo el chiste, sí.

RICARDO ¿Que si es viejo? Como que cuando me bautizaron se lo conté yo al cura y no me echó agua salada porque dijo que ya era bastante salao. Figúrate.

ELENA ¡Qué demonio de hombre!

RICARDO ¿A que no saben ustedes cuál es el viaje más barato entre Madrid y provincias?

LUISA ¿También es nuevo?

RICARDO Novísimo.

ISABEL Al otro mundo, porque no cuesta nada morirse.

RICARDO ¡Quiá! A Málaga; porque ya habrán visto ustedes anunciado: «Pasas de Málaga, 1'50.» Pues si pasas

de Málaga por una cincuenta, a Málaga llevarán más barato todavía. (Risas. Suena el timbre y sale a abrir Eugenia.)

ELENA — Vamos, ten formalidad, hombre.

## ESCENA III

Dichos y SERAFÍN por la derecha.

SERAFÍN — ¿Se puede?

ELENA — Adelante. Pase usted.

SERAFÍN — Con permiso. Buenos días.

ELENA — Buenos días. ¿Qué deseaba?

SERAFÍN — ¿Es este el taller de doña Elena Torrent?

ELENA — Yo soy. ¿Qué se le ofrece a usted?

SERAFÍN — Vengo de parte de mi jefe a decir a usted que vaya antes de la una al comercio para elegir la tela de un vestido que corre mucha prisa, porque es para una novia.

ELENA — ¡Vaya por Dios! ¿Está allí ahora?

SERAFÍN — Sí, señora; está esperando.

ELENA — Eugenia, tráeme la mantilla o el sombrero, cualquier cosa; o si no deja. Iré yo. (Váse por la izquierda).

RICARDO — ¿En qué comercio está usted?

SERAFÍN — En el «Cielo».

LUCCI — En ese comercio de modas de donde traen todos los equipos y vestidos de novia.

SERAFÍN — Ya ve usted que sarcasmo. Estoy en el «Cielo» y me llamo Serafín.

RICARDO — Lo más lógico. Un Serafín en el Cielo.

SERAFÍN — Mi hermano se llama Angel, mi hermana Gloria. Vivimos en la calle del Paraíso. A la izquierda tenemos al «Infierno», casa de comidas, y a la derecha un bar que se titula «El Edén».

RICARDO — Pues sí que es para estar santificado.

LUISA — ¿No habla usted con una rubia que está en casa de Antonie?

SERAFÍN — ¡Jesús!... ¡Ay, por Dios!... Usted me confunde.

LUISA — Al menos ella lo dice.

SERAFÍN — ¡Qué bribona!... ¡Ay, en cuanto la vea!

LUISA — Se pegan.

SERAFÍN — ¡Quiá! ¡Ni con obleas dejo yo que me peguen a esa muchacha... ¡Si fuera a usted!...

ISABEL — ¡Cuidado, Serafín, que se cae del Cielo!

RICARDO — No hay cuidado. Cae en el purgatorio. (Vuelve doña Elena dispuesta para salir).

ELENA — Vaya. Vamos, a ver si despachamos pronto. ¿Qué hora es, Ricardo?

RICARDO — Va a dar la una dentro de un rato.

ELENA — Pues cuando dé la una recogéis, y tú (A Lucci) espérame aquí, por si te necesito.

LUCCI Muy bien.

ELENA Vamos. ¿Te quedas? (A Ricardo).

RICARDO Me voy en seguida, porque ya me estarán esperando para comer.

ELENA Pues hasta luego.

RICARDO Adiós, querida tía. (Vánse doña Elena y Serafín .

## ESCENA IV

RICARDO, LUCCI, ISABEL, LUISA y EUGENIA.

LUISA ¡Qué gracia de tipo! Parece el maniquí de un peinado de señora.

RICARDO Pero mira si le has gustado.

LUISA No me gustan los pollos con corsé.

LUCCI ¿Qué dices?

LUISA ¿No te has fijado que se le veía la cinta por debajo de la americana? (Ríen).

LUCCI ¡Qué Luisa ésta! ¿Usted sabe la discusión que hemos tenido esta mañana?

RICARDO ¿Sobre qué?

LUISA A propósito. A ver qué opina usted en este punto.

RICARDO ¿De qué se trata?

LUISA Hablábamos de querer mucho a un hombre, hasta el extremo de que sería preferible verle muerto antes que casado con otra. Yo soy de las que creen que si es cariño verdadero, antes muerto que casado.

RICARDO Yo opino lo mismo. Porque estimo que para una mujer que esté completamente enamorada, lo más doloroso es que el novio la deje y se case con otra. En el caso de que el novio enferme y muera, evidentemente ella sufrirá mucho, pero de acuerdo con las leyes de la inteligencia y el corazón, seguirá amándole como antes, seguramente. Tendrá el consuelo de haber sido ella quien le proporcionó los últimos goces. En cambio al verle con otra, en vez de sentir consuelo, sentiría odio y aversión.

LUCCI Yo opino lo contrario. Prefería mil veces ver casado al hombre a quien quisiera, antes de verle muerto. Yo daría por bien empleadas todas mis lágrimas y desearía llorar eternamente, si con ellas pudiera proporcionar verdadera dicha al hombre que adorase aunque esta dicha estuviese en los brazos de otra y yo tuviese que presenciarla. Yo creo que amar es deseo de proporcionar felicidad al ser amado, aunque sea a costa de sufrimiento propio, y mal puede amar a un hombre quien le desea en vez de la felicidad la muerte.

RICARDO Efectivamente. Bueno; hablando Lucci ya estoy en un compromiso. Ya no sé que opinar... ¡Hombre, se me ocurre una idea!

LUISA ¿Cuál?

RICARDO Llamar a Julio y explicarle el caso. Él que es más listo que yo, podrá seguramente resolverlo.

LUCCI No, no, Ricardo.

RICARDO Ahora mismo. Total son cuatro escaleras. En un salto estamos aquí. Hasta ahora. (Váse).

## ESCENA V

Dichos menos RICARDO.

LUCCI Pero Luisa..., qué compromiso..., ahora...

LUISA ¿Por qué? Después de todo está muy bien pensado. Julio, como persona de muchos conocimientos y y de gran talento, puede darnos su parecer; que nos saque de dudas.

LUCCI Sí, pero...

LUISA ¡Ya! Tú te apuras porque no te atreves a hablarle.

LUCCI ¿Que no me atrevo a hablarle? No, Luisa. Quien no tiene motivos para ello no debe ocultarse nunca. Yo no creo que por haberme escrito una carta deseando hablar conmigo, haya motivo para que yo tema sus palabras, que en ninguna ocasión y ahora menos que nunca, serían ofensivas para mí.

LUISA Entonces, ¿por qué te opones?

LUCCI No me opongo, pero... temo..., porque...

LUISA Sí. Temes porque crees que vas a renovar aquí sus pretensiones. ¿Ves cómo la mirada de Ricardo quería decir algo?

LUCCI No, no, Luisa, no.

ISABEL Callad, que está aquí.

## ESCENA VI

Dichas, RICARDO y JULIO por la derecha.

RICARDO ¡Ea! Ya estamos aquí.

JULIO Buenos días.

LUCCI Felices.

LUISA Buenos días.

RICARDO Bueno, dejarse de cumplimientos y vamos al grano. Te hemos llamado para que nos des tu opinión, que será considerada como fallo inapelable.

JULIO Ustedes dirán.

RICARDO Se trata de que nos digas, categóricamente, qué es preferible: ver a la persona a quien se quiere

antes muerta que casada o antes casada que muerta.

LUISA — Nos referimos a la opinión de una mujer respecto al hombre a quien quiera. ¿Eh?

JULIO — Es igual. Los corazones, si es que en ellos radica el cariño, todos son iguales: aman o no aman.

RICARDO — Bueno. Resuelve.

JULIO — Pues mi opinión es ésta. Todo, absolutamente todo, antes que la muerte. No es posible que una mujer enamorada pueda desear la muerte al que ha fomentado en ella la más de las pasiones. Ellas muestran, si lo hicieron a conciencia, que su amor no es más que un egoismo. Es decir, que amaron para alcanzar la satisfacción de ser correspondidas, porque soñaron una mirada dulce, un beso apasionado, un hogar tranquilo... Más claro: todo lo que creen que puede producir placeres. Así es que el temor de perderle no es por separarse de él. Es para no dejar escapar la dicha, vista ya a corta distancia. Si esas mujeres, en vez de amar por egoismo, hubieran amado por impulsos del corazón, toda la vida, aún más allá de la vida, si es posible, seguirán deseando el bien y la felicidad del ser amado, nunca la muerte.

LUCCI — Me alegro que haya usted pensado de ese modo, pues ese es también mi parecer.

LUISA — Ya esperaba yo que su opinión coincidiese con la de Lucci, aunque no fuese la verdadera.

JULIO — Supongo que no creerá usted que estamos de acuerdo.

LUISA — No, eso, no; pero ¿y la transmisión del pensamiento?

RICARDO — ¡Bah! ¿Vas a sacar a relucir cosas espirituales? Si Julio ha opinado así, es porque será la razón' y ante eso hay que callarse, porque Julio tiene usía en cuestiones amorosas. Y no es que sea noviero, ni mucho menos. Todo lo contrario. Yo le digo que por qué no se mete fraile.

LUISA — Bueno, será la una, ¿verdad?

RICARDO — Sí, encantadora Luisa. Y puesto que ustedes se van, yo las acompaño... si no viven lejos. No lo digo por el gasto del tranvía...

LUISA — Ya, ya.

ISABEL — ¿Pero va usted a dejar aquí a su amigo?

RICARDO — ¿Por qué no? No hay que apurarse. Puesto que Lucci tiene que esperar a mi tía Elena, ya tiene con quien pasar el rato.

JULIO — Con mucho gusto la haré compañía. (Se preparan para salir Luisa, Isabel y Eugenia).

RICARDO — Yo vuelvo en seguida. Quedamos en que no es

muy lejos, ¿eh?... Una pregunta. ¿No habrá nadie esperando en la acera de enfrente?

LUISA — Nadie, no hay cuidado.

RICARDO — Porque no me gustan las planchas.

LUISA — ¿Planchas a usted?

RICARDO — No, no. Es que esa plancha no era para mí, sino para el otro.

ISABEL — ¿Vamos?

RICARDO — Vamos. Hasta luego, Lucci.

LUISA — Lucci, hasta luego.

LUCCI — Adiós.

EUGENIA — Hasta la tarde.

ISABEL — Adiós, Julio.

JULIO — Adiós. (Vánse Luisa, Isabel, Eugenia y Ricardo).

## ESCENA VII

LUCCI y JULIO.

LUCCI — Siéntese.

JULIO — Gracias, Lucci. No sabe usted lo que me place esta casualidad para poder hablar a solas con usted. Tratemos de abreviar. ¿Recibió usted mi carta?

LUCCI — Sí.

JULIO — ¿Y qué me contesta?

LUCCI — Qué quiere usted que le conteste. No es posible que por mí sienta ese cariño tan grande como dice. Usted no se ha fijado bien en mí.

JULIO — Más de lo que usted piensa. Mire si me habré fijado, que por todas partes que miro no veo más que su imagen, blanca como la azucena, como un copito de nieve.

LUCCI — Dice usted bien. Un copito de nieve... Un copito de nieve que del aire viene y lo mismo ha podido caer en un palacio fantástico que en medio de la calle... En medio de la calle caí yo. Déjeme usted allí con mi desgracia.

JULIO — ¿Por qué, Lucci? ¿Es que no me cree usted formal? ¿Cree usted que en mi cariño hay burla.

LUCCI — No, Julio, no. Yo creo en la sinceridad de sus palabras; pero...

JULIO — ¿Qué?

LUCCI — Usted se ha fijado en mi presencia, en mi figura, en mi aspecto exterior, pero no se ha detenido a mirar mis cualidades, mi posición, mi vida entera, que al lado de la suya le degradaría, la mancharía. No, Julio. Yo no puedo, no debo aceptar el amor de usted.

JULIO — Según eso... Usted...

LUCCI — No, Julio. No soy yo. Lejos de usted ese pensamiento. Mi honra no mancha, no.

JULIO — ¿Entonces?...

LUCCI — Lo que constituye ese baldón de mi vida, sépalo usted, no tengo padre. Yo vivo con mi madre, a quien mantengo con mi humilde trabajo. Lo poco que yo gano es lo bastante para que podamos vivir honradamente, pero... ¡No tengo padre! ¡No sé quien es mi padre!

JULIO — ¡Pobre Lucci!

LUCCI — Dice usted bien. ¡Pobre Lucci! Yo soy como usted dice. Un copito de nieve que el viento de la fatalidad arrojó al miserable suelo de esta vida. Soy inocente, lo sé. Pero llevo sobre mí el peso de ese estigma que dejaron caer sobre mi nombre. Por eso, ¿cómo iba yo a consentir que mi apellido, pobre y borroso, manchara el suyo, limpio y brillante como el mismo Sol? Ahí tiene usted la causa, que de poder borrarla, lo haría con mi propia sangre.

JULIO — No, Lucci, no. Usted no mancha mi apellido porque no es culpable de que un mal hombre, que tiene el deber ineludible de recoger y dar su nombre y su vida si es preciso al fruto de sus amores, le deje, le abandone, para que en el borrascoso mar de la vida flote una desilusión más. Usted no debe sufrir culpas ajenas. No cometió usted ningún mal con venir al mundo.

LUCCI — Déjeme, Julio, olvídeme. Crea que fué una ilusión, un sueño...

JULIO — No, Lucci. Dejarla abandonada, ahora menos que nunca. Si antes la quería a usted por su hermosura, ahora la quiero por la hermosura de su alma.

LUCCI — Calle, se lo suplico. Déjeme en mi pobreza. Ella me ayudará a ser feliz.

JULIO — ¿Feliz sin el amor? No, no es posible. La mujer, por feliz que sea, necesita amor. Podrá vivir tranquila; tal vez por el estudio o por el trabajo alcanzará la gloria; su orgullo se verá satisfecho por un momento; pero si es joven no podrá conformarse con eso. A los veinte años no se le puede decir al corazón: «te doy honores, riquezas», pero nada más. Yo he conocido jóvenes muy modestas de posición que no cambiarían su suerte por otras que con todos sus millones pasean su desilusión por todas partes, por no haber encontrado un poco de cariño. No, Lucci, no. Mientras el mundo exista, nadie podrá sustraerse a la ley del amor.

LUCCI — Pero sí podrá sustraerse a las desigualdades. ¡Qué se diría! Un apellido de abolengo, un hijo de noble familia casado con una pobre mujer,

que ni apellido tiene; con una desgraciada, una cualquiera.

JULIO ¡Lucci!... Esa desigualdad yo no la miro. El verdadero cariño no distingue de clases y por tu amor renuncio a todo: posición, familia, todo... A veces el ser débil trae consigo desdichas y tristezas. No olvido un cuento que leí de niño y que está muy cerca de la realidad:

«Era una linda costurera que vivía pobremente del trabajo. Tuvo la suerte de entablar relaciones amorosas con un joven de elevada posición, y al poco tiempo era un cariño inmenso el de los dos. Así siguieron, satisfechos de quererse, hasta que un día él se acercó a su novia muy triste y pesaroso. Ella, creyendo adivinar lo que ocurría, no se atrevía a pronunciar una palabra; hasta que al fin, con gran trabajo, le preguntó: ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? Y él, con voz indecisa, contestó: No, no es nada... Volvieron al silencio; pero no pudiendo contener ella más tiempo su ansiedad, le dijo: Mira, no sufras, yo sé lo que te pasa. Tus tíos, a quien debes tu carrera y tu fortuna, te obligan a casarte con tu prima, y es tan grande su autoridad y tu agradecimiento, que no sabes qué hacer... Pues mira, no lo pienses. Cásate con ella y que seas tan feliz como yo pienso ser de desgraciada al faltarme tu cariño... El no trató, no quiso disuadirla, porque todo era cierto, y así, en silencio, tendiéronse las manos, quedando terminados para siempre sus amores... No faltaban apenas dos semanas para la boda con su prima, cuando una fiebre tifoidea hizo presa en él y hubo que sacar al enfermo de la casa y trasladarlo al pabellón de infecciosos, donde no corriera peligro su prima de ser contagiada. Allí quedó al cuidado de una hermana de la caridad. Tuvo noticias de ello su primera novia y corrió a verle. Expuso su deseo de cuidarle y lo consiguió. Nunca se separó de su lado, atendiéndole siempre con maternal cariño. A fuerza de cuidados se salvó; mas su enfermera cariñosa, aquella infeliz muchacha, cayó enferma, contagiada de aquella enfermedad; y así murió la pobre costurera que pudo ser dichosa con su amor, si en los amores no hubiera conveniencias»... Ahí tienes la desgracia sembrada en el corazón de aquel hombre por miramiento de posición y de fortuna... No, Lucci, yo he nacido para ser feliz a tu lado, con tu pobreza, con la desgracia, pero a tu lado... No llores, Lucci; dame tu cariño que para vivir necesito.

LUCCI ¡Déjame, Julio, te lo ruego..., déjame!

JULIO — Sí, Lucci, pero piensa en mis palabras, en toda la verdad de mi cariño, en toda la dicha que mis brazos y amor te ofrecen; piensa que mi felicidad únicamente en tí la encontraría...; piénsalo..., Lucci..., piénsalo...

LUCCI — Ya está. Tengo corazón para ser buena.

JULIO — Pues por lo mismo. Piénsalo, Lucci..., piénsalo. (Váse por la derecha).

LUCCI — (Después de pequeña pausa y mirando por donde Julio se fué) ¡Que lo piense! (Sollozando). ¡Quién fuera mala para no pensarlo!

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO PRIMERO

# ACTO SEGUNDO

Representa la escena un merendero en pleno verano; a la izquierda, fachada del edificio con puerta de entrada, sobre la cual se leerá «El Paraíso», merendero. Al foro, verja con puerta al centro. Al fondo, verde alameda hasta perderse de vista. Los laterales, como igualmente la verja, estarán orlados de yedra, enredaderas, campanillas, etc. En el centro de la escena, sobre el florido macizo, una fuente con estatua, que figurará el Niño Amor. Varios veladores, con sillas, distribuídos por la escena. Al levantarse el telón, se oirá un organillo que figurará servir para un baile que simulará celebrarse en una de las habitaciones del merendero. En el exterior gran algazara. Es por la tarde.

## ESCENA PRIMERA

VOCES (Dentro, uno). ¡Vivan los novios!

TODOS ¡Vivan!

OTROS ¡Vivan los padrinos!

TODOS ¡Vivan! (Aparecen por el foro y entran por el baile los novios, seguidos de los invitados, entre éstos el señor Isidoro, de bracete de una pareja de barbianas. Entran cantando con música de «Benamor»):

TODOS «Por una mujer
se pierde en el mundo
cuanto hay que perder...»

ISIDORO (A sus barbis). Y si esta mujer es como vosotras, se pierde hasta la cabeza, por muy atornillada que esté.

UNA (Dándole con mimo en la cara). ¡Guasoncíbili!...

LA OTRA ¡Salameríbili!...

ISIDORO No me toquéis, que me deshago como un azucarillíbilis.

UNA ¿Adónde sería usted capaz de llegar con las dos?

ISIDORO Hasta el monte del Pardo.

LA OTRA (Riendo). Le engaña el izquierdo. A la falda y gracias.

ISIDORO Yo soy de ida y vuelta. Os lo hago bueno.

UNA Usted ya, como los caracoles, babeo y na más.

EL PADRINO ¡Familia! El manubrio espera y la merienda prepará. (Dentro). ¡Vivan los novios!

TODOS ¡Vivan! (Éntranse en el salón izquierdo, dando vivas).

## ESCENA II

Aparecen por la izquierda y entran, LUCCI y MARGOT.

MARGOT (A Lucci). No mires, mujer, que no viene. Y si viniera, ¿qué? Lo que te pasa a tí es que le temes al «Corbata». Estoy segurísima.

LUCCI ¿Que yo le temo? No, Margot. Si le temiera no le haría a todas horas desprecios y desaires, que si otro fuese no me consentiría. Estoy muy lejos de tenerle miedo. Al principio, sí, lo confieso, le tuve algo de respeto, pero ahora, ahora es asco, es repugnancia lo que siento hacia ese canalla. (Se sientan en un velador. Sale el camarero).

MARGOT Pues hija, paciencia. ¿Que le vas hacer? Te ha tocado ese turno y no tienes más remedio que aguantarte, y si no, no haber empezado. Claro está que no es nada elegante tener por amante a un chulo. ¡Pero menos da una piedra! Mucho más elegante es arrimarse a un hombre de dinero. ¡Habiendo por ahí tantos marqueses y condeses!...

LUCCI No te burles, Margot.

MARGOT Si es que me da rabia verte así, acobardada. ¿Y todo por qué? Por un hombre que se ha arrimado a tí para vivir a costa tuya, nada más, porque eres tonta. Mírate en mí. En seguida me iba yo a arrimar a un hombre que no tiene más que el mote. Ni a ese ni a ninguno. Libre mucho mejor. Estás con todos y con ninguno.

LUCCI Sí, es verdad. Pero consentí a ese hombre porque a veces se engaña una; creyendo encontrar amparo y cariño; por tener a un hombre, que siempre parece una defensa.

MARGOT ¿Defenderte a tí ese? Ni ese ni ninguno. ¡Ay, Lucci, qué poco conoces a los hombres! Claro, les has tratado poco todavía. Ya aprenderás, ya. Si hubieras empezado a tratarles como yo, desde muy niña, sabrías lo que tienen los hombres en el sitio del corazón... A propósito, mira. Ahí le tienes. El «Corbata».

LUCCI ¿Sí? Pues verás ahora. (Aparece por el fondo «Corbata», que como dice Margot, es un chulo despótico y de aspecto repulsivo. Suena el organillo).

## ESCENA III

Dichas y el CORBATA.

CORBATA Buenas tardes... prendas.

MARGOT Buenas.

CORBATA Se refresca, ¿eh? Pues podíais haber mandado aviso por el continental para saber donde estábais.

porque si no es por el Chato, me lío a dar vueltas por todo Madrid para encontraros, y no estoy para gastar las de potro que me compré el otro día. Y como resulta que si me lío a dar vueltas, también me puedo liar a dar golpes... por eso.

MARGOT Y, eso... ¿también va por mí?

CORBATA No, por tí, no. No te molestes. Va por esa. Y que parece que está sorda. (Dando un golpe en la mesa). ¡Eh!, espabila.

LUCCI Estoy oyendo el organillo.

CORBATA Es que tú tienes dos orejas. Una para el organillo, otra pa mí.

MARGOT Dirás que las orejas no están pa los maletas. Y como tú no toreas más que en invierno...

CORBATA Oye, niña, si yo toreo o no toreo, son cosas que a nadie más que a mi persona interesan, ¿estamos? Si un año toreo poco, otro será más, y adonde lleguen otros, llego yo.

MARGOT ¿Tú?... Tú no llegas ni aunque te certifiquen.

CORBATA Bueno, niña, se acabó el pitorreo, porque sí. Y a la cerveza ésta también. Tú (A Lucci) «agüeca». Pa casa.

LUCCI Yo estoy muy bien aquí.

MARGOT Estamos... refrescando.

CORBATA Puede usted refrescar cuanto quiera, pero ésta se viene conmigo. ¡Qué conmigo!, delante de mí.

LUCCI Me ha dado calambre en esta pierna.

CORBATA Pero, oye, Lucci, ¿es que estamos hoy de guasa? Pues mira, va a ser la última, porque ya me voy cansando de aguantarte, y si se me sube la mosca a la cabeza, vas a saber quién te está hablando.

LUCCI Quien está harta de aguantarte, soy yo; quien te odia y te aborrece, soy yo, y quien te dice que te vayas, soy yo. Ahora ya sabes tú quién te está hablando. Quien no te debe nada, quien nada te ha pedido; quien ha estado aguantando tus hombradas por tonta y confiada; quien ha pagado vicios, sufriendo resignada todas tus infamantes canalladas. «Eso se acabó». Ya sabes el camino. Buenas tardes.

CORBATA ¡Ah!, sí, ¿eh? Pues te equivocas. Porque antes de que tú te rías de mí, te juro que te acuerdas. ¡A mí no se me deja así! Primero te rajo la cara. (Hace ademán de sacar un arma).

MARGOT ¡Eh, a una mujer no, cobarde!... Escucha:

«A la mujer de la vida
no la trates con desdén,
porque recuerda que al mundo
viniste de una mujer.»

## ESCENA IV

Dichos y el CAMARERO por la izquierda.

CAMARERO ¡Eh! ¿Qué pasa, qué es eso?

CORBATA (Conteniéndose) Nada, no pasa nada.

MARGOT Ese valiente, que no se atreve con los becerros y se atreve con las mujeres. «Cosas de la sangre».

LUCCI Déjale, Margot. No le hagas caso.

MARGOT Sírvale un poco de tila «pa» los nervios.

CAMARERO (Al Corbata) Váyase y no arme escándalo. Este es un sitio público, y...

CORBATA No. Si ya me voy. No pase usted cuidado. Pero esa «fandolia» me las paga. ¡Por éstas! (Jurándoselas). ¡Na más que por éstas! (Váse por el foro).

## ESCENA V

Dichos menos CORBATA.

MARGOT ¡Camará y qué fuertes le dan al niño! Supongo que no le harás caso, ¿eh?

LUCCI ¡Yo qué he de hacerle! Si no sabes tú el peso que se me ha quitado de encima. Poquitas ganas que tenía yo de verme libre.

CAMARERO ¿Qué le pasaba a ese?

MARGOT Nada, que es amigo de ésta y es un voceras mu echao p'alante, pero sin una perra, y ésta se ha sacudido esa mosca, que ya pesaba demasiado. Nada más.

CAMARERO ¡Ah, vamos, sí!

MARGOT Y, ahora, lo que debemos hacer para festejarlo, es dar unas vueltas al manubrio con el primero que se presente, y el que tenga penas que se las limpie. ¿Qué te parece?

LUCCI Por mi parte, ahora mismo.

CAMARERO Os advierto que no puede ser, porque ese baile es de una boda que ha venido aquí a pasar la tarde. Si no fuera eso...

MARGOT ¡Una boda! Esa será más feliz que nosotras.

CAMARERO Se llevan bailando más de cuatro horas y me parece que no se acaba esta noche.

MARGOT (Mirando desde la puerta). Aquella de negro debe ser la novia. Lleva un ramo pequeño en el pecho y otro en la cabeza.

LUCCI ¡Qué felicidad la de esa mujer, ser honrada y encontrar un hombre que la quiera!

MARGOT ¡Calla, si está también el señor Isidoro!

LUCCI ¿Quién?

MARGOT El señor Isidoro. El tendero de la esquina de casa.

LUCCI ¡Ah, sí!

MARGOT Ya nos vió. Mira, ha dejado de beber y viene hacia aquí. Este garbancero no pierde una juerga.

LUCCI Ya tenemos «caramba» para rato.

MARGOT No se le quita esa palabra de los labios. Los chicos le llaman ya «El señor caramba»... (Váse el camarero).

## ESCENA VI

LUCCI, MARGOT y el señor ISIDORO por la izquierda. Es un cuarentón de la casta de las guindillas y es casi calvo.

ISIDORO ¡Caramba, mis simpáticas vecinas por aquí! ¿Qué tal?

LUCCI ¡Hola, señor Isidoro!...

MARGOT ¡Felices! Ya vemos cómo se divierte usted.

ISIDORO ¿Divertirme yo? ¡Quiá! Me divertiría si tuviera aquí un par de hembras de chipén. ¡Ah, caramba!, pero así no es posible. Mucha convidada, mucha juventud, y ese es mi defecto, caramba, porque las chicas no quieren tratos con solterones como yo.

LUCCI Pero usted no es viejo, señor Isidoro.

ISIDORO Ni joven tampoco. Pero, caramba, todavía tengo dos perras gordas de sangre y no tengo pelo de tonto.

MARGOT Ni de listo tampoco.

ISIDORO Oye, niña, no hagas chistes peluquericos, porque, caramba, por un poco de calva...

LUCCI Ahí le hace falta un frasco de pilosublimado.

MARGOT O un bisoñé.

ISIDORO Ya, ya sembraré pelo a ver si crece.

MARGOT Como que el otro día le ví a usted arreglando el escaparate y yo no sabía si era su cabeza o un queso de bola.

ISIDORO Caramba, caramba. Pues a pesar de tanto chiste os vais a ver negras para tomarme el pelo.

MARGOT No, no; descuide usted.

LUCCI Es una broma, nada más.

ISIDORO Ya, ya; una broma peliaguda.

MARGOT No, no señor. En tal caso, una broma pelada.

ISIDORO Es lo mismo. Yo no me enfado. Y menos con vosotras, que sois la flor, el cogollo de mis parroquianas. Qué ¿queréis tomar algo?

LUCCI No señor, muchas gracias.

MARGOT Se estima, pero ya hemos refrescado la garganta.

ISIDORO Bueno, como queráis. Yo os invito incondicionalmente ¿eh?, no pido nada a cambio. Y qué, ¿esperábais conquista? Será de la alta alcurnia ¿eh?, porque vosotras...

MARGOT No, no señor, no esperamos conquista. Al contrario. Acabamos de rechazarla. ¿Qué le parece a usted?

ISIDORO Hombre, no será a mí ¿eh?

LUCCI Quiá, no señor.

MARGOT A usted no le rechazamos nosotras nunca. Nos es usted muy simpático.

ISIDORO Sí ¿eh? Caramba, caramba.

MARGOT Bueno. Nos vamos porque le estamos a usted entreteniendo y le van a echar de menos las convidadas.

LUCCI Sí, vamos. Que se divierta usted mucho. Y no baile usted demasiado, no vaya a perder del todo el pelo.

MARGOT Primero pierde la cabeza.

ISIDORO ¿Quieres pasar a ver si la pierdo contigo?

MARGOT No, muchas gracias. ¡Qué diría la reunión!

ISIDORO La reunión no dice nada porque les traigo a todos a remolque. Y si dicen algo se acaba la música, y en vez de baile es la sucursal de una funeraria. Vosotras entráis conmigo, bailáis un par de bailes y cuando os convenga ahuecáis el ala. ¿Hace?

MARGOT ¿Qué hacemos, Lucci?

LUCCI ¿Que qué hacemos? Aceptar ahora mismo.

ISIDORO ¡Olé! Y que el primer baile va a ser contigo.

LUCCI Para luego es tarde.

ISIDORO Pues andando.

LUCCI Andando. (Entran los tres en el merendero. Suena el organillo).

## ESCENA VII

El camarero por la izquierda. A poco JULIO y RICARDO, por el foro.

CAMARERO (Recogiendo el servicio). Por fin entraron en el baile esas dos prójimas. No falta nunca un viejo verde. Si se enteran de la visita los demás convidados se va a armar la gorda. Allá ellos. Así como así no me han pagado la cerveza esas niñas. Lo pagará el viejo, de seguro. (Entran Julio y Ricardo).

JULIO ¿Sabes que encuentro ésto algo cambiado?

RICARDO Bastante. Lo tomó uno que al parecer tenía unas pesetas y lo ha arreglado lo mejor posible, dentro de las condiciones de este sitio. (Se sientan. Julio frente a la entrada del baile).

JULIO No está mal, no.

CAMARERO ¿Qué van a tomar?

RICARDO Sírvanos una cerveza.

CAMARERO En seguida. (Váse por la izquierda).

RICARDO Este es un sitio muy aceptable para festejar un santo o una boda; en fin, toda clase de bromas alegres y divertidas.

JULIO Sí. Deben de tener baile ahí dentro.

RICARDO Seguramente alguna juerga de esas que te digo.

JULIO — Allí donde yo estaba no había nada de ésto. Era una gente muy poco divertida. Gustaba más de reuniones serias que de bromas al aire libre.

RICARDO — Habrás hecho vida de santo... Pero cuéntame, cuéntame...

JULIO — Ya sabes que yo siempre hice esa vida. (Sale el camarero que sirve lo pedido, después de lo cual hace mutis). ¿Y qué te voy a contar de mi vida que tú no sepas?

RICARDO — No creas que sé mucho. Las cartas tuyas, siempre lacónicas, por cierto, se hacían esperar más de lo debido.

JULIO — Discúlpame, siempre la falta de tiempo.

RICARDO — La falta de tiempo... empleado en alguna mujer, por supuesto.

JULIO — No, Ricardo, no. En esa materia te aseguro que estoy cesante. No tengo novia ni he pensado en ello.

RICARDO — Pues haces mal, querido Julio. Un médico no hace buen papel estando soltero. Parece que el matrimonio le da más importancia y más seriedad. Yo ahorqué la carrera, pero de haber seguido hasta terminarla, me caso al día siguiente de la licenciatura. Palabra.

JULIO — Veo que conservas el buen humor a pesar de los años.

RICARDO — Eso sí. Aunque en dos años que hace que nos separamos poco humor se puede perder cuando se tiene en abundancia... ¿De manera que no piensas ya salir de aquí?

JULIO — No. He pasado dos años ejerciendo mi carrera en el Sanatorio de Moraleda y he comprendido que no estaba allí mi verdadero porvenir. Por eso me he decidido a establecer un gabinete y para eso en ningún sitio mejor que aquí, donde ya tengo mis conocimientos y amistades que me ayudarán a formar mi clientela. Y pronto, muy pronto, empezarán mis consultas. Vengo animado de los mejores deseos y esperanzas. Dios quiera que salga todo a medida de mis aspiraciones.

RICARDO — Ya lo creo; puedes estar seguro de ello. Pronto se hará célebre en toda la población el gabinete del Doctor Julio Torres. En cambio yo, con mis locuras, con mis calaveradas, no pasaré de una mediana posición. He sido un loco, lo confieso.

JULIO — ¿Y por qué no haces un esfuerzo? Un poco dominio de tu voluntad y conseguirás hacerte un hombre de provecho como yo.

RICARDO — Quiá. No te canses. En este momento reconozco todas tus reconvenciones, pero dentro de media hora ya lo he olvidado todo. Hay quien nace con su estrella. ¡Cuántas veces me acuerdo de los sanos consejos que tú me dabas cuando vivíamos

en aquella casa de huéspedes, donde tenía el taller mi tía Elena!

JULIO ¿Y qué fué de tu tía Elena?

RICARDO Levantó el taller y se trasladó a Barcelona, donde montó un establecimiento de modas que, según noticias, la está proporcionando un montón de pesetas. Ha tenido suerte.

JULIO Escucha. ¿Sabes algo de Lucci?

RICARDO ¿De Lucci?... ¿Pero aún te acuerdas de ella?

JULIO No puedo olvidarla. Era tan buena, tan cariñosa...

RICARDO Tú llegaste a quererla, ¿eh?

JULIO Como se quiere la primera vez en el mundo. ¡De verdad!

RICARDO De verdad... Entonces... ¿Pero aquéllo no pasó de un corto amor?

JULIO No, Ricardo, no. A tí no debo ocultarte nada. El amor que yo tuve a Lucci, no era un amor burlesco, un amor de pasatiempo, sino un amor grande, sin límites; tanto, que ella era mi única ilusión. Cada vez que me ponía a estudiar me parecía verla, en mi loca fantasía, animándome, deseosa de verme llegar a lo que yo me proponía: a la cima de mi ideal.

RICARDO ¿Pero tan ciegamente la quisiste?

JULIO No puedes figurártelo. ¡Pobre Lucci! ¡Cómo sintió mi corazón enamorado la separación de aquél cariño!

RICARDO No sería tan firme el de ella cuando se separó del tuyo.

JULIO No la ofendas. En Lucci se encerraba una historia muy negra, y en más de una ocasión, con el llanto en los ojos y la voz velada, me dijo que ella no podría ser nunca mía. Otra cualquiera no hubiera mirado las diferencias de posición y honor. Ella sí. Y sobrepuso la dignidad al egoismo. Cuando recuerdo ésto, cuando pienso en que sólo por el hecho de ser buena ha huído de mí, parece que una voz interior me acusa de cobarde por haber consentido que ella me dejase.

RICARDO ¡Pobre amigo!

JULIO ¿Qué dices, me compadeces?

RICARDO Sí, y mucho. Voy a serte franco... Tiene la historia de «Copito de nieve», como tú llamabas a Lucci, unos capítulos que llegan al alma. Comprendió que su nombre no era digno de ir unido al tuyo y puso valla por medio. Tal vez eso haya sido la causa de su perdición.

JULIO ¿Qué dices, Ricardo? ¿Su perdición?

RICARDO Su perdición, sí. Acaso te basten dos palabras para saber lo que es hoy día esa infeliz. Lucci, el «Copito de nieve», ha caído en el vicio y se ha

perdido para siempre. De aquella historia de la flor viviente, no queda más que un leve aroma de recuerdos.

JULIO ¡Pobre Lucci!

RICARDO ¡Y pobre Julio! No puedes suponerte la tristeza que experimentó mi ser cuando por vez primera la ví acercarse a mí implorando mi ayuda como una limosna a costa de atormentar su divino cuerpo, que antes era una bella escultura de mujer y ahora es una baja mercancía. Lucci ya no es aquella niña ideal que para tí era una gran ilusión, sino una mujer y no tan hermosa, pues la vida del vicio placentero ha hecho profunda huella en todo su ser.

JULIO Calla, no sigas.

RICARDO Tal vez algún día se cruce a tu paso sin respetar el cariño pasado, atenta sólo a las razones de la necesidad; y nada extraño sería que tú, en el ejercicio de tu profesión, te la encontraras algún día en un hospital esperando el auxilio de la ciencia que la salve de las garras de algún mal.

JULIO ¡Mi pobre Lucci! ¡Y yo creía llegar a ser feliz! ¡Yo que pensaba que sólo ella sería capaz de hacer florecer los caminos de abrojos de mi vida, cambiándoles por flores de alegría y de amor!

RICARDO Olvida todo ello y a vivir.

JULIO La quiero demasiado para olvidarla. Tengo su memoria engarzada al corazón más de lo que tú piensas. Al oirte su historia de mujer vulgar y deshonrada, se ha formado en mi espíritu un deseo de hacerme fuerte y lo seré. Pero no me pidas que la olvide. La podré reprochar su conducta, aborrecerla, odiarla, pero olvidarla, nunca, nunca.

RICARDO Mal haces en sujetar tan fuertemente el corazón a los amores.

JULIO No, ya no. Con tus palabras se ha borrado en mi corazón todo el cariño que para esa mujer guardaba, porque con su desgracia ha hecho de nuestro amor un imposible... Más... ¿qué veo? (Mirando hacia la entrada del merendero donde está el baile). Es ella... Lucci. Sí. No me engaño. Mira...

RICARDO Sí, es verdad. Viene hacia aquí. Y viene acompañada de otra joven y un viejo. Vámonos antes de que lleguen.

JULIO No. Déjame con ella. Quiero decirla dos palabras. Déjame.

RICARDO ¿Pero a pesar de su vida vas a hablarla?

JULIO Te lo ruego, Ricardo. A pesar de todo. Ocúltate por los jardines. Pronto estaré contigo.

RICARDO Tú lo quieres así, sea.

JULIO Sí; pronto. Ya se acercan. Hasta ahora. (Váse Ricardo por la derecha, Julio se retira al fondo).

## ESCENA VIII

JULIO, LUCCI, MARGOT y el señor ISIDORO por la izquierda.

ISIDORO — Nada, nada, lo dicho. Es una gran desgracia que os marchéis tan pronto. Después de todo ¡qué caramba!, nadie os manda, sois libres. ¿Por qué no os quedáis hasta la noche?

MARGOT — Muchas gracias, señor Isidoro, pero ya hemos pasado un rato.

LUCCI — Algo lo sentimos, pero tiene usted que cumplir con sus amigos. Con nosotras ya ha cumplido. Que se divierta usted mucho. (Viendo a Julio). ¿Eh?... Julio.

JULIO — Yo, sí; no te asustes.

LUCCI — ¡Julio!...

JULIO — ¿Quieres oirme un momento? Quisiera hablarte a solas, si no te ofenden mis palabras.

LUCCI — (Sobrecogida). No... ¿Por qué?... Margot, ¿quieres aguardar un momento?

MARGOT — Sí, ¿por qué no? Mira, te aguardo ahí dentro bailando con el señor Isidoro. ¿No le parece?

ISIDORO — De perlas. Vamos allá.

MARGOT — Vamos. (Vánse al interior del baile).

## ESCENA IX

LUCCI — (Durante este diálogo está como acobardada ante Julio). Ya estamos solos. ¿Qué quieres decirme?

JULIO — Poco ha de ser. Quisiera decirte en pocas palabras todo cuanto en mi ser está pasando en este instante. Reprochar tu conducta, echarte en cara tu aborrecible vida, arrancar de tu rostro esa máscara de falsedad y de mentira con la que pretendiste engañarme alegando un amor que no sentías, haciéndote pasar por alma buena, cuando en tí se encerraba un germen de maldad y de lujuria.

LUCCI — Julio, por favor, te ruego que me escuches. No debes de juzgarme de ese modo sin haberme oído antes.

JULIO — Aún pretendes buscar con tus palabras un modo fácil de justificarte. ¡Mentira todo! Te ofrecía la dicha siendo buena y tú no la quisiste. Preferías ser libre, y ¡para qué!, para caer en el vicio y no salir ya de él. Has conseguido lo que te proponías. Lo conseguiste; ya estarás satisfecha. No te habrá sido muy difícil, puesto que llevas en tu ser ese camino marcado. ¡Venía ya de herencia!

LUCCI — Calla, Julio. Por el amor de tu madre te suplico que me escuches. Te lo pido de rodillas, si es preciso.

JULIO — Acabemos de una vez. Habla.

LUCCI — Quiero que me oigas para que a la niña de ayer,

convertida hoy en mujer y en mujer mala, puedas perdonarla.

JULIO ¿Perdonarte?

LUCCI Perdonarme, sí. Escucha... Cuando después de nuestros días amorosos saliste de Madrid para abrazar a tu madre con el cariño que merecen todas las madres, yo me desprendía de ella para siempre y de aquel cariño, grande como ninguno... Mientras tú eras feliz al lado de tu madre, yo velaba el cadáver de la mía.

JULIO ¿Murió?

LUCCI Murió, sí... Y al verme sola, el mundo me parecía tan grande, que no sabía ir a parte alguna y fuí a perderme, a hundirme en el barranco de la vida. Él fué... uno. ¿Qué importa quién fuera? Yo no culpo al hombre. No fueron los hombres los que me perdieron, fué la desgracia. Caí en el fango de la desventura, no por maldad nativa, como tú supones, sino víctima del empujón de la miseria... He pasado en mi vida días terribles de amargura y de hambre. Una y mil veces en medio de mi delirio, sentí ansias de muerte, deseos inmensos de quitarme la vida, que tantas lágrimas me cuesta... Llegar a tí hubiera sido una locura; no merecías que yo te hiciera desgraciado; y sola, completamente sola, sin una mano generosa que me ayudara a seguir el sendero de mi vida, ¿qué iba hacer? Tuve un momento de locura y resolví mi situación. Necesitaba vivir, calmar el hambre que me atormentaba y así bajé los peldaños de la escalera que me condujo a la desgracia. Después han pasado los días. Han pasado los años, y mi pobre espíritu encerrado en un cuerpo miserable, se ha limitado a vivir únicamente... A vivir mal, entre miserias y desgracias; pero tal vez sea ésta la expiación de mi pasado; tal vez así pueda purgar todas mis culpas.

JULIO ¡Lucci!... (Acercándose a ella).

LUCCI (Rechazándole). Aparta. No toques con tus manos este cuerpo que mancha a las personas honradas. Acuérdate de mí, pero sin maldecirme.

JULIO ¡Calla, Lucci!...

LUCCI Yo te quise ciegamente siendo buena; ahora que la maldad vive en mi alma, perdóname...

JULIO No, Lucci; yo soy quien debe suplicar tu perdón. Aún te amo, Lucci.

LUCCI Iremos los dos a la perdición.

JULIO Pues quiero perderme, pero contigo. Viviremos juntos y aún podemos ser felices. (Suena en el interior una guitarra, que comienza una malagueña).

LUCCI Es tarde, Julio. Déjame, vete. No me hables de

amor. Tus palabras se me quedan clavadas en el alma y me hacen mucho daño. La mujer que ha hecho del amor una especulación indigna, no tiene derecho a amar. Escucha... ¿Oyes esa guitarra? Pues así es mi vida, como la guitarra, ¡del último que llegue!... No olvides esto y déjame que siga mi camino. Busca una mujer de tu clase, honrada, digna de tí, y olvida que viste a esta desgraciada, que sólo unos instantes de su vida, al lado tuyo, supo lo que era amor. Que Dios os haga muy felices, y si algún día te acuerdas de tu pobre Lucci, que no sea para maldecirme, sino para rezar una oración.

JULIO — No, Lucci... No te separarás ya de mi lado. No quiero que mueras sin amores, cual lama peregrina que cruza el mundo; como luz que se apaga dejándome sumido en las negruras de la noche... Deja que te confunda entre mis brazos, pobre Lucci, y me embriague con tu aroma de besos y de flores... Eres como una rosa de pasión marchita... A mi lado encontrarás la paz que tanto deseabas. Yo haré que tus pesares y tus penas dejen de atormentarte y se conviertan en dulces alegrías. Esos divinos ojos, cual pedazo de cielo, en los que se ha mirado el falso amor en días de lujuria, se volverán pacíficos y dulces, brillando en ellos la luz del cariño. Todo cambiará para tí y tornarás a ser lo que antes fuiste, mi «Copito de nieve», que los malos quereres enlodaron. Necesito tu vida, tu cariño. Deja que en tí se calmen mis amores.

LUCCI — No, Julio, no. ¡Por caridad! ¡Piensa que soy!...

JULIO — ¿Qué importa a nuestro amor lo que tú eres? No llevas tu culpa en la desgracia. El mundo odioso te arrojó en el vicio... Dí que dejas tu vida de lujuria y te vienes conmigo para siempre. Has de hacerme feliz, Lucci... ¿Qué piensas? (Dentro se oye cantar, con voz de mujer, la siguiente malagueña):

«Como copito de nieve
es mi honra blanca y pura,
si un malquerer no la mancha
siempre guarda su blancura.»

LUCCI — (Mientras la copla). Si un mal querer no la mancha...

JULIO — Lucci, dí que me quieres. Dí que ya nunca te separarás de mi lado, que serás mía siempre.

LUCCI — ¿Es posible lo que dices? ¿No es ilusión?

JULIO — Es más que posible, irremediable. El amor vuelve...

LUCCI — ¡Julio de mi alma! ¡Contigo siempre!

JULIO — (Abrazándola). ¡Conmigo, Lucci de mi vida! ¡Conmigo!

TELÓN RÁPIDO

# ACTO TERCERO

La escena representa una habitación esmeradamente amueblada. A la derecha, primer término, balcón con elegantes cortinas blancas. A la izquierda, primero y segundo términos, puertas que conducen a las habitaciones interiores. Al foro, puerta de entrada cubierta por una gran cortina. En primer término izquierda, una chaisse-longue. En segundo término derecha, mesa de las llamadas de ministro, y sobre ella papeles, libros, escribanía, timbre, etc. Algunas sillas con relación a la escena.

## ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparece JULIO sentado a la mesa, escribiendo. A poco LUCCI, por la izquierda.

LUCCI (Saliendo). ¿Qué haces, escribes?

JULIO Ya lo ves, escribo. Estoy terminando una memoria para leerla en el Círculo.

LUCCI ¡Cuánto trabajas!

JULIO No, Lucci. Esto no es trabajo. Trabajar es emplear el tiempo y el sudor en cosas que nos proporcionan el sustento, y esto no me da a ganar nada, así que más que trabajar es entretenimiento.

LUCCI (Acercándose a su lado). Sí. Y unas veces por entretenimiento y otras por tu trabajo, pasan las horas sin acordarte de tu pobre Lucci. ¡Así puedes pasarte sin mi cariño!

JULIO No, Lucci, no. Yo no puedo vivir sin tí... Ea, (Levantándose). ya dejo mi labor. Ven a sentarte aquí, junto a mí. (La lleva a la chaisse-longue y se sientan). No todo ha de ser escribir. Hablemos de nuestro cariño.

LUCCI Y esto, ¿es trabajo, o también es un entretenimiento?

JULIO Esto es felicidad, Lucci; esto es sentir la vida llena de alegría, esto es gozar la dicha de vivir con tu cariño.

LUCCI Así te quiero, Julio. Mi único afán es verte siempre feliz. Quiero verte dichoso, sonriente, quisiera para tí un mundo de placeres. ¿Quién, si no yo, podría quererte como te quiero?

JULIO Nadie. Puedo estar seguro. Tanto, que mi vida, que empezaba a ser un erial triste y sombrío, la has transformado tú, con el cariño, en un Edén, cubierto de esperanzas y de flores.

LUCCI ¡Quién me había de decir a mí que después de tantas amarguras y sufrimientos tenía que disfrutar una felicidad como jamás la había soñado!

JULIO ¿A qué recordar ahora lo que tanto me esfuerzo en olvidar? Aquéllo ya pasó. Después de aquellos días de amargura que nublaron tu existencia, la luz del amor brilla en nuestras miradas con destellos que nunca imaginaba. Y en el estudio, en el trabajo, a todas horas, siento el impulso de tu cariño que viene a mí como una fuerza alentadora que me ayuda a triunfar y a lograr el bienestar que sólo para tí desearía.

LUCCI No deseo riquezas, las desprecio. Me basta con tu cariño, que es para mí un tesoro de placeres.

JULIO Pues cariño tendrás hasta que apagues esa sed que te abrasa. Tendrás mi vida, si la quieres; todo. Sólo así puedes renacer en nueva vida.

LUCCI ¿Para qué nueva vida si ésta es dichosa? Siempre al lado tuyo y con este amor inmenso.

JULIO Siempre, Lucci. Con este amor que yo quisiera expresarte con palabras, con los ojos, con el alma entera, pero al lado tuyo; que yo pueda recoger en tus palabras todo el calor de tu cariño.

LUCCI ¡Qué bueno eres! Cuanto más me quieres más sufro, avergonzada de mi vida.

JULIO ¿Y por qué sufres, no eres feliz al lado mío?

LUCCI ¿Y tú me lo preguntas? Si ahora es cuando he sabido que en el mundo existe la felicidad. Si al lado tuyo hasta parece que soy otra, no aquélla...

JULIO Calla. No recuerdes lo que pasó ya.

LUCCI ¿Lo ves? Te avergüenza. ¡Cómo no he de avergonzarme yo de mi vida pasada al ver que tú me tienes recogida al lado tuyo, cuando sólo tu desprecio debía obtener!

JULIO Calla. No digas eso, Lucci.

LUCCI Porque te quiero te lo digo.

JULIO Pues si me quieres no me hables de ese modo. Mira que tus palabras me hacen daño, como cardos que se clavan en mi alma. No me hables así, Lucci, te lo ruego.

LUCCI Perdóname, Julio. No volveré a traer estos recuerdos a tu memoria. Te lo juro.

JULIO Pero me querrás siempre...

LUCCI ¡Siempre!

JULIO ¡Qué feliz soy así con esta dicha, viviendo sólo para tí y sólo yo, como he soñado siempre!

LUCCI ¡Que esta felicidad no falte nunca!

JULIO ¿Quieres salir conmigo, Lucci? No tardamos.

LUCCI ¿Donde vas?

JULIO A buscar unas cosillas de librería que necesito y de paso a invitar a Ricardo a comer con nosotros mañana, que es día de fiesta. ¿Qué te parece?

LUCCI Como quieras. Pero mejor sería que fueras solo a hacer esos encargos. Te espero aquí mientras me visto y después salimos un rato de paseo. ¿No es mejor así?

JULIO Mejor; si tú lo quieres.

LUCCI Pues no tardes, ¿eh?

JULIO Pronto estoy de vuelta a tu lado. Hasta ahora.

LUCCI Adiós. (Váse Julio por el foro). (Saludándole desde el balcón por entre las cortinas; después de una pausa). Adiós.

## ESCENA II

LUCCI

LUCCI Que Dios le proteja aunque a mí me olvide. (Acercándose a la mesa). ¡Cuánto trabaja! Siempre con estudios, con escritos, agotando su vida con sus trabajos, sólo por mí. ¡Cuánto daría yo por poder ayudarle! ¿Y qué escribe? (Leyendo un escrito). «Estudios sobre la transfusión de la sangre». «La transfusión o aplicación de la sangre nueva a la persona enferma, hace que ésta se torne en cuerpo fuerte como un ser que renace en nueva vida». (Con dolor). ¡Ay! ¡Pero no borra el pasado! ¡Eso la muerte sólo es quien tiene poder para borrarlo! (Levantado varios papeles). Una carta y es para él. No me ha dicho... ¿De quién será? No conozco la letra... Veamos... (Saca el pliego y lee para sí). ¿Eh? ¿Qué es ésto? (Leyendo). «Querido hijo: Visto que tú te obstinas en no seguir los únicos consejos que en el mundo se deben atender, que son los maternales, yo, tu madre, aunque al hacerlo desgarre mi corazón en pedazos, te escribo por última vez. Ya veo claramente que una mala mujer ha podido con su falso cariño más que el amor eterno de una madre. No me queda más que pedir a Dios en mis oraciones perdón para esa mujer que me robó tu cariño, y por tí, para que te vuelva al camino que conduce a los brazos de tu madre, que a pesar de toda tu depravación y locura, aún te adora». (Sollozando). ¡Dios mío!... ¡Qué desgraciada soy!... ¡Madre de mi alma, a qué valle de amargura me trajiste!... Y lo dice bien claro: «Me roba tu cariño una mujer perdida»... ¿Hasta cuándo va a durar mi calvario?... ¿Qué delito he cometido que así pago la pena dolorosa?...

MARGOT (Desde dentro). Deja, no llames, Victoria. No hace falta.

LUCCI ¿Eh? ¿Quién?... (Guarda la carta rápidamente).

## ESCENA III

LUCCI y MARGOT por el foro.

LUCCI ¿Eres tú, Margot?

MARGOT Yo soy, Lucci. No me llames Margot, te lo suplico. Llámame Margarita. Al entrar aquí quiero despojarme de toda mi depravación y ese nombre es el sello de toda mi vida de locura. ¿Pero, lloras? ¿Estás llorando?

LUCCI Sí. ¡Quién no tiene algo que llorar en su vida!

MARGOT ¿Y acaso he sido yo?...

LUCCI No, Margarita. Un momento que tuve de amargura poco antes de entrar tú me hizo derramar estas lágrimas que nublan mis ojos y alivian mis penas.

MARGOT Yo te creía feliz...

LUCCI Y lo soy, ¿por qué no? Julio me ama como nadie me había querido, y con él soy dichosa. ¡Pero de algún modo tenemos que lavar nuestro pasado! Y a fuerza de lágrimas he de purgar mi falta.

MARGOT Vamos, Lucci, no llores. Has tenido la suerte de sentir la dicha muy cerca de tí, de lograrla al lado de Julio. Olvida lo pasado. Tú ya eres otra. Piensa que esa felicidad que ahora disfrutas, no todas tienen la suerte de poseerla. Y este pensamiento te hará olvidar los días tristes de tu vida.

LUCCI Tienes razón. Debo pensar únicamente en mi ventura, que al fin he conseguido de mi Julio. Pero... ¿Durará mucho esta ventura?

MARGOT ¡No ha de durar, Lucci! No temas por tu dicha.

LUCCI No temería si esa dicha pudiera asegurarla por mi propio esfuerzo, con cariño, con mi vida, pero siento que en el cielo de mi existencia una nube pretende empañar con su negrura la claridad de mi esperanza.

MARGOT Desecha esos temores. A tu lado está Julio que vive por tí y sólo para tí, y eso es ya una promesa de constante felicidad y de una vida holgada. En cambio otras...

LUCCI Tú, ¿verdad? Estás necesitada. Al verte aparecer en esta casa he supuesto que algún apremio de momento te inducía a penetrar en ella, y no creo equivocarme. ¿Qué es lo que necesitas? ¿Qué deseas? Dilo. Puedes contar con ello.

MARGOT Gracias, Lucci, muchas gracias. No necesito nada. Si me he atrevido a acercarme a tí, manchando con mi nombre este lugar sagrado para tí, no ha

sido por necesidad, sino por un deseo. Vengo a despedirme.

LUCCI ¿A despedirte?

MARGOT A darte, acaso, el último adiós.

LUCCI Pero, ¿adónde te vas?

MARGOT No lo sé. Ahora a Valencia, después... ¿quién sabe? Nuestra vida es así. Tú pudiste escapar de sus garras encontrando un hombre que ha sabido llevarte al camino de la salvación; yo he nacido para condenarme, para ser constante juguete de la vida y de los hombres, que a veces no parecen sino fieras, faltos de sentimiento y compasión.

LUCCI ¡Pobre Margarita! ¡Quién pudiera darte un poco de felicidad! Haz lo posible por ser buena, no sigas esa vida desgraciada que no lleva consigo más que dolores y sufrimientos.

MARGOT Es ya tarde. Tengo señalado el camino de mi vida y no es otro que el del vicio y la desgracia, esperando que un día la muerte se acuerde de mí y acabe de una vez esta depravación y desventura. Adiós, Lucci, que seas feliz y acuérdate algún día de tu pobre amiga.

LUCCI No te olvidaré nunca. Tú supiste consolarme y quererme; deja que algo alivie tus necesidades. (Abre un cajoncito de la mesa, de donde saca un billete). Toma, y como recuerdo de tu antigua compañera de desgracia, conserva siempre esta medalla. (Una medalla que llevará colgada del cuello con su cadena). Tal vez ella te proporcionará algo de felicidad.

MARGOT Gracias, Lucci. La guardaré como un tesoro mientras viva. ¡Hasta nunca!... (Se abrazan).

LUCCI ¡Quién sabe!... ¡Adiós, Margot!

MARGOT (Desde el umbral de la puerta). Adiós... (Hace mutis, mientras Lucci queda llorosa).

## ESCENA IV

LUCCI.

LUCCI ¡Pobre criatura abandonada, que será de tí! La senda que has hallado no te guiará nunca al buen camino, que había de servirte para llegar al fin de tus dolores. ¡Pobre Margarita! (Pausa).

## ESCENA V

LUCCI y VICTORIA por el foro. Después FELISA.

VICTORIA Una señora pregunta por usted. Desea hablarla.

LUCCI ¿Una señora? ¿No ha dicho su nombre?

No, señora.

LUCCI Que pase.

(Váse Victoria. Pausa. Al poco rato aparece Felisa elegantemente vestida de negro).

FELISA Buenas tardes. (Desde la puerta).

LUCCI Pase usted, señora. (Felisa entra). Siéntese.

FELISA Gracias. ¿No me conoce usted? ¿No me ha visto nunca?

LUCCI (Tengo miedo) Creo adivinar...

FELISA Soy Felisa Bremot. ¿Me conoce usted ya?

LUCCI ¡La madre de Julio!...

FELISA La madre de Julio. Esperaba encontrar un momento en que él no estuviera para hablar a solas con usted. Ya lo he conseguido. Hablemos con calma y con serenidad, ya que las circunstancias así lo exigen.

LUCCI (Sobrecogida). Como usted quiera... Es usted dueña de esta casa...

FELISA ¡La dueña de esta casa! No. Yo no dispongo en la casa de unos perdidos.

LUCCI Señora... Dude usted de mí, no de Julio, que es el hombre más bueno de la tierra.

FELISA Y el más tonto también. Pero dejemos de preámbulos y hablemos claro, si a usted no la molesta.

LUCCI No, señora. Todo lo que usted quiera hablaremos; usted como madre, yo... como una perdida.

FELISA Está bien. Yo vengo a que una mala mujer, que tiene prisionero entre sus redes a mi hijo, me lo entregue. ¿Qué me contesta usted?

LUCCI Esa mala mujer, como usted dice, soy yo. Pero sepa usted, señora, que no hay redes engañosas, sino lazos de cariño suficientes para unir dos almas, y la falta de ese amor me costaría la vida.

FELISA Por culpa de usted me estoy quedando yo sin ella. Habla usted de cariño. ¿A quién? A mí, que soy su madre, quien le dió el ser, quien le llevó en sus entrañas. La mujer que no ha tenido hijos no sabe lo que es el verdadero cariño. Devuélvame a mi hijo y no trate de engañarme con sus falsas palabras, como hizo con él.

LUCCI Yo no he tratado de engañar a nadie. Ni a él ni a usted.

FELISA Deje usted a su madre, que acaso la desprecie desde el Cielo.

LUCCI Señora. Respete su memoria. De haber vivido ella yo no sería quien soy. Ella hubiera sido mi guía y no hubiese encontrado este camino de perdición. ¿Ve usted lo que hace por su hijo? ¿No viene usted dispuesta a todo porque cree defenderle? Si las fieras son fieras y defienden a costa de su sangre a sus cachorros. ¿qué no haría una madre por sus hijos? Pues lo mismo hubiera hecho mi madre, de-

fenderme del mundo con la vida, hasta poder librarme.

FELISA Abreviemos. Es necesario que Julio se separe para siempre de su lado. Esta es mi decisión irrevocable.

LUCCI Escúcheme usted antes lo que tal vez ignore... No he tratado nunca de atraer a mis brazos a su hijo. Yo era otra cosa cuando él me conoció. Pasado el tiempo, sola, sin amparo de nadie, sin una mano amiga y cariñosa que me hubiera guiado por la vida, caí en el fango de mi desventura, y así volvió a encontrarme... Al verme vino a mí, y un día y otro día, con palabras, con lágrimas, con súplicas amargas que llegaban al alma, me hizo ver el cariño que por mí sentía. Yo traté de apartarlo de mi lado, rogando con fervor que me dejara, y él... no oyó mis consejos. Tan loco por mí estaba, que casi tuve que quererle por caridad, por compasión, por lástima... Él pudo con su amor más que mi voluntad, y así ha logrado transformar mi alma, librándome del peligro que amenazaba encenagarme, y de la vida pasada no queda ni el más leve recuerdo que pueda nublar nuestra existencia... Si ahora que para mí se ha abierto un mundo de esperanzas, le separan de mí, sólo la muerte podrá borrar la angustia, que a los dos nos ahogaría. No impida que su hijo labore por mi dicha, que haga de mí una mujer buena; al lado suyo me sostiene el amor, sin él caería en el fango de donde he salido, y no lo quiero. Escuche mis ruegos; de rodillas, arrastrándome hasta usted, la suplico que no le aparte nunca de mi lado. Pídame la vida, si la quiere, pero no me pida lo que aún vale más, el cariño de quien ha sabido borrar mi desdicha. No, que no me deje nunca, madre mía, que no me deje así, que no me deje... (Rompe a llorar amargamente).

FELISA Vamos, no hay que atormentarse. La vida es siempre así. Tenemos que sufrir nuestros pecados y nuestros males.

LUCCI Tiene usted razón. Pero no hice otro mal a su hijo que quererle con toda mi alma.

FELISA Pues es necesario que se resigne a perderlo.

LUCCI No. Resignarme, nunca. No hay en la vida resignación para esto. Él fué el único que no me ha despreciado por nada ni por nadie. Me ha enseñado a querer. ¿Quién puede destrozar estos amores que así me hacen llorar?

FELISA ¿Se olvida de que puedo haceros guerra? Soy su madre.

LUCCI Y yo soy... (Sollozando con amargura). No, nada...; no soy nada. Soy una flor marchita; soy una desgraciada de la vida.

FELISA Vamos. Sea razonable. Piense en la situación, en las circunstancias. Julio tiene su nombre y su carrera. Tiene abierto despacho de consulta y tiene que mirar su porvenir. Está muy cerca de lograr la dirección de una famosa clínica y no es justo que se cruce a su paso, cortándole la senda de sus aspiraciones. Ha nacido en esfera de honorabilidad y de abolengo y por fuerza ha de ser nuestra vida ajustada a las nobles costumbres de la sociedad. Quiero creer en la sinceridad de sus palabras y la creo. ¡Qué más voy a decirla! Pero no es suficiente ser sincera, es necesario que se sacrifique. Julio tiene que ser para su hermana el ángel tutelar. Sólo por ella, criatura inocente, que no tiene la culpa de este desvarío de su hermano, es por quien la ruego que deje a Julio. Que no puedan decir de mi hija que es la hermana de un hombre perdido. Pida cuanto quiera. Yo soy quien, después de escuchar sus palabras, la pido perdón. Por el nombre de su madre la suplico que abandone a Julio. Se lo pide de rodillas una madre. No me me aumente la pena y el dolor.

LUCCI Basta, señora. Usted lo quiere, sea. Tendrá usted a su hijo, libre de mi presencia; así terminaré con mi calvario... y moriré de pena... ¡Pero, no, no! ¿Qué digo?... ¿Perder a Julio para siempre?... No. Si me falta la dicha, ¿cómo no ha de faltarme él también?...

FELISA Piensa bien, hija mía. Sé prudente y accede, por piedad.

LUCCI (Con gran trabajo). Sí... quiero... ceder... y por el nombre de mi madre... se lo juro... tendrá usted a su hijo... Para siempre...

FELISA ¡Oh!... Gracias, hija mía. Déjame que te bese por esa digna acción que te ennoblece. (La besa). Estos besos que brotan de mis labios, son una prueba fiel de mi perdón.

LUCCI Ahora déjeme usted..., puede venir...

FELISA Sí, te dejo. No dudes si algún día necesitas de mí, pues con mis brazos habré de recibirte. Adiós. Hasta algún día.

LUCCI No... ¡hasta nunca! (Hace mutis Felisa y queda Lucci llorando amargamente).

## ESCENA VI

LUCCI sola.

LUCCI (Después de una larga pausa). ¡Adiós, cariño! ¡Adiós, mi ilusión! Acabe pronto este calvario de mi vida. (Con decisión, se dispone a escribir). ¡Pobre Julio! ¡Qué pena y sufrimiento para él! (Escribiendo). «Mi Julio,

cuando esta carta leas, tu pobre Lucci, tu «Copito de nieve», enamorada de un cariño imposible, estará ya muy lejos... No me culpes a mí, es el destino. Se lo he jurado a una santa, a tu madre... Cuando tengas la dicha de estrecharla en tus brazos, guarda un recuerdo piadoso para esta desgraciada que tanto te quiso. Adiós para siempre, Julio mío... Que seas feliz, aunque yo nunca lo sea... Alguien ha entrado. ¿Será él? (Guarda la carta precipitadamente).

## ESCENA VII

LUCCI y JULIO por el foro, con un paquete que deja sobre la silla.

JULIO — Ya estoy de vuelta. ¿Me he entretenido bastante, verdad?

LUCCI — (Trémula y nerviosa). No... no... no has tardado.

JULIO — Pero ¿aún no estás vestida?

LUCCI — No; es que me entretuve leyendo lo que tú escribías y distraída... Perdóname.

JULIO — Vamos. Lo creías un secreto, ¿verdad? (Con dulzura). ¿También celosa?

LUCCI — No, no... curiosidad nada más.

JULIO — Pues anda, vístete mientras yo veo estos paquetes.

LUCCI — Espera, dame un beso.

JULIO — (Besándola). Sí, Lucci. Pero ¿qué te pasa? ¿Estás mala? ¿Qué tienes?

LUCCI — No, no es nada... Dime, ¿me querrás siempre?

JULIO — Siempre, Lucci.

LUCCI — ¿No maldecirás mi nombre nunca? Júramelo.

JULIO — Nunca, te lo juro. ¿Estás tranquila?

LUCCI — Ahora sí... Voy a vestirme; hasta luego Julio mío. (Hace mutis por la segunda izquierda, tapándose las lágrimas con el pañuelo).

## ESCENA VIII

JULIO, solo.

JULIO — ¿Qué le habrá sucedido? Advierto en sus palabras un acento extraño. Acaso la carta de mi madre... Si la habrá encontrado. (Mira por los cajones de la mesa). Me pareció haberla dejado aquí... No, no está. Tal vez entre papeles que he llevado a mi cuarto... (Entra en la habitación primer término izquierda. Aparece Lucci con un abrigo oscuro y cubierta la cabeza con un velo. Avanza sigilosamente, deja la carta que escribió sobre la mesa, en sitio muy visible, y con gesto doloroso y sumamente trágico, hace mutis por el foro, dejando en aquel lugar todos los goces de su alma. Pausa. A poco vuelve Julio).

JULIO No la encuentro. Ella sin duda... ¡Lucci!... ¡Lucci!... No contesta. ¿Habrá salido?... ¿Eh? Una carta. (La abre y lee, lanzando un grito doloroso). Ah. ¿Qué es esto? Es el amor que huye, dejándome sólo el recuerdo de una ilusión. ¡A mí, que entregué el alma, mi vida toda!... No, no será...¡Lucci!... (En medio de estridente carcajada de loca pasión, sale por el foro repitiendo el nombre de la mujer amada).

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO TERCERO

# EPÍLOGO

Vestíbulo de una Clínica. Dos puertas a cada lateral, sobre las cuales se leerán estos rótulos: «Sala de San Antonio», «Sala del Salvador», Las puertas restantes no ostentarán rótulo alguno. Una será de arco, figurando la entrada al vestíbulo. Al fondo grandes vidrieras, a través de cuyos cristales se verán caer gruesos copos de nieve, denunciadores de una gran nevada. Es de noche. Ilumina la escena un farol de buen tamaño.

## ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón suena una campanada y aparece por la dirección la hermana Consuelo. Cruza la escena y desaparece por la puerta de salida. A poco vuelve seguida de dos mozos que conducen una camilla y en ella Lucci. Traen sobre sí gran cantidad de nieve.

H. Consue. Déjenla aquí y esperen. Voy a avisar al Doctor. (Váse por la dirección. Los mozos dejan la camilla en el centro de la escena).

Mozo 1.° ¡Vaya una nochecita!

Mozo 2.° De prueba. Da gusto ver todo cubierto de nieve. Tan blanquito.

Mozo 1.° Pues la nieve para quien le guste. Es muy bonita, pero calienta poco. Y si no que lo diga esta infeliz que traemos.

Mozo 2.° Es la primera vez que yo entro en este sitio.

Mozo 1.° Yo ya la conozco. Es una clínica muy buena. Ha mejorado mucho desde que vino a dirigirla el Doctor Torres. Ya lleva dos años de Médico Director.

## ESCENA II

Dichos y JULIO, seguido de la hermana CONSUELO.

Julio ¿Qué es ello, algún enfermo?

Mozo 1.° Es una pobre mujer. La encontramos al pie de un banco en los jardinillos del paseo bajo. Ibamos a nuestro servicio, cuando divisamos un bulto a medio cubrir por la nieve. Nos acercamos y vimos que era una mujer. Quisimos llevarla a la casa de

socorro, pero como estaba esto más cerca, la recogimos en la camilla de la portería y la hemos traído. (Destapan la camilla)

JULIO — Sí, han hecho muy bien. Veamos. (La reconoce el pulso). Sin duda el frío la ha congestionado. Aún tiene vida. Peligroso es su estado, pero aún puede que se salve. (La abre los párpados, y al ver su rostro, retrocede espantado). ¡Oh! ¿Qué es ésto? ¡Es ella!... ¡Lucci!...

H. CONSUE. — ¿Qué le pasa, don Julio?

JULIO — ¡Es Lucci, sí!... No me pregunte, hermana. Esto es mi amor que lucha con la muerte. ¡Lucci!... !Lucci!... ¡Vuelve a la vida! Mírame...

LUCCI — (Trabajosamente). Madre...

JULIO — Lucci, soy yo. ¿Me reconoces? Soy tu Julio...

LUCCI — No, imposible. Mi Julio murió... Aparta.

JULIO — Haz un esfuerzo, Lucci. Vuelve en tí. Soy yo que te tengo en mis brazos para no dejarte más.

LUCCI — Julio. No, mi Julio...

JULIO — Sí, tu Julio. El Destino ha querido que vuelvas a mis brazos. Yo te salvaré.

LUCCI — No, imposible. Una vez has salvado mi alma, mi cuerpo es imposible.

JULIO — El amor todo lo puede.

LUCCI — Yo te amé siempre.

JULIO — Vive, mi Lucci, vive...

LUCCI — No puedo... Soy indigna de estar al lado tuyo. No me desprecies nunca. Acuérdate de mí. Dios ha traído hasta tu puerta este «Copito de nieve», que se muere en tus brazos...

JULIO — No, Lucci. Vivirás. ¡Yo lo quiero!

LUCCI — No puedo, me falta aire, me ahogo... Quiere siempre a tu madre, que es buena. Dila que me perdone todos los sufrimientos que la haya causado...

JULIO — No digas eso, Lucci. Tú has de vivir. Seremos todos a quererte...

LUCCI — Ya es tarde... Perdóname si te hice sufrir, perdónadme todos... Señor, abre tus brazos a esta desventurada... Adiós, mi Julio. (Muere).

JULIO — ¡Lucci!... ¡Lucci!... ¿Qué es ésto? Es la muerte... ¡Ella era mi esperanza y la he perdido!... (Llora desconsoladamente. La hermana Consuelo se arrodilla, los mozos se descubren).

TELÓN PAUSADO

FIN DEL DRAMA

Precio: DOS Pesetas